

DOSSIER

"HORIZONTES CONTEMPORÁNEOS DE LA VIOLENCIA"

Francisco Pérez y
Miriam Jerade

Presentación del dossier "Horizontes contemporáneos de la violencia"

ARTÍCULOS

Pedro Moscoso y
Andrés Tello

Imágenes de la violencia y el terror de la guerra: la gubernamentalidad mediática de lo ominoso

Miriam Jerade Dana

La guerra en Freud. Entre la hipersofisticación y una violencia arcaica

Marc Crépon

"Y nadie de aquí sabe quién soy". La voz de los emigrantes: Hannah Arendt, Winfried Georg Sebald, Georges Perec (Bilingüe)
"Et personne ici ne sait qui je seus". La voix des emigrants: Hannah Arendt, Winfried Georg Sebald, Georges Perec (Bilingüe)

Valeria Campos

Eric Weil: miedo de la violencia y la promesa de la filosofía

Petar Bojanić

Lévinas on Justification of Violence

ARTÍCULOS LIBRES

Andrea Torrano y
Natalia Lorio

Economía de la violencia y figuras de la excepción. Soberanía y biopolítica.

Robert Oprisko

The Rebel as Sovereign: The Political Theology of Dignity

Enrica Lisciani Petrini

Hacia el sujeto impersonal

Nadinne Canto

El lugar de la cultura en la vía chilena al socialismo. Notas sobre el proyecto estético de la Unidad Popular

ENTREVISTA

Oscar Godoy

La teoría democrática de Aristóteles (Entrevistado por Diego Sazo)

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA: LA GUBERNAMENTALIDAD MEDIÁTICA DE LO OMINOSO*

PEDRO MOSCOSO FLORES**
UNIVERSIDAD DE CHILE

ANDRÉS MAXIMILIANO TELLO***
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

RESUMEN

El presente texto plantea una breve genealogía de la guerra contemporánea y de la administración de su violencia extrema. Nuestra hipótesis es que con la articulación de las armas de destrucción masiva y las tecnologías de la imagen consumada a comienzos del siglo xx se produce una transformación gradual de la guerra, marcada por su ingreso a una “gubernamentalidad mediática”. Dos nuevos paradigmas bélicos se sucederán desde entonces: el primero, post-Vietnam, es el de una “guerra silenciosa”, que vacía de sus imágenes la violencia y el horror de los enfrentamientos, familiarizando al público con su despliegue. El segundo, consumado después de los atentados contra las Torres

* Artículo recibido el 19 de marzo de 2012 y aceptado el 17 de abril de 2012. Este artículo es una versión ampliada y corregida de la ponencia “The (im)possible mediation of terror: *media governmentality* and images of the sinister”, presentada por los autores en la 6th *International, Interdisciplinary Conference: The “9/11” Decade: Rethinking Reality*, Centre for Applied Philosophy, Politics & Ethics (CAPPE), University of Brighton, UK. September 2011.

** Pedro Moscoso Flores es psicólogo y Magíster en Filosofía, mención axiología y Filosofía Política, de la Universidad de Chile. Actualmente se encuentra desarrollando su tesis doctoral dentro de un convenio de co-tutela entre los Departamentos de Filosofía de la Universidad de Chile y la Universidad de Valladolid. Sus líneas de investigación están orientadas al problema de la subjetividad moderna, la historia, los modos de construcción de identidad y su vinculación con los modos de gobierno dentro de las sociedades contemporáneas. Entre sus publicaciones más relevantes se encuentra el libro *Pensar Iberoamérica: memoria, historia y nuevas tramas regionales*, Ed. Universidad de Valladolid (en prensa). E-Mail: pedro.moscoso@uai.cl

*** Andrés Maximiliano Tello es sociólogo de la Universidad de Concepción y Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Becario CONICYT, doctorando en Filosofía de la Universidad de Valladolid, España, donde desarrolla una investigación sobre las “Tecnologías de archivo”. Sus líneas de trabajo abordan los vínculos entre estética, tecnología, prácticas culturales y política. Entre sus publicaciones destaca la participación en el libro *Umbrales filosóficos. Perspectivas y posicionamientos del pensamiento contemporáneo* (Murcia: Editum, 2011) y en el libro *Descampado. Ensayos sobre las contiendas universitarias*, Sangría Editora (en prensa), del cual es co-autor y compilador junto a Raúl Rodríguez Freire. E-Mail: andresmaximilianotello@gmail.com

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

Gemelas, es el de una guerra desterritorializada contra el terror de la propia guerra. Para comprender este nuevo momento, que es el que habitamos, recurrimos a la idea freudiana de lo ominoso y señalamos que si el paradigma de la “guerra silenciosa” pretendía, con la administración de sus imágenes, familiarizarnos con lo ominoso de la guerra (su violencia extrema), este nuevo momento, marcado por la dispersión de los actos terroristas, se caracteriza por un impasse de la gubernamentalidad mediática para contener el retorno ominoso de la violencia que buscaba anteriormente silenciar.

PALABRAS CLAVE: Gubernamentalidad mediática, guerra, violencia, ominoso, público, imagen.

IMAGES OF VIOLENCE AND THE TERROR OF WAR: MEDIA GOVERNMENTALITY OF THE OMINOUS

The present text poses a brief genealogy of contemporary war and the administration of extreme violence. Our hypothesis is that with the articulation of weapons of mass destruction and the technologies of image consummated at the beginning of the twentieth century, there is a gradual transformation of war, characterized by the introduction into a *mediatic governmentality*. Since then two new war paradigms will follow: the first, post-Vietnam, featured as a “silent war” that spread from its images the violence and horror of the confrontation, familiarizing the public with its deployment. The second one, produced after the attacks on the Twin Towers, working as a deterritorialized war against the terror of the own war. To understand this new moment, which is the one we presently live in, we recur to the Freudian idea of the sinister and we declare that if the paradigm of the silent war pretended, with the administration of the images, to make us familiar to the sinister aspect of war (its extreme violence), this new moment marked by the dispersion of terrorist acts, is characterized by an impasse of media governmentality in an effort to contain the sinister return of the violence that before was trying to silences.

KEY WORDS: Media Governmentality, War, Violence, Sinister, Public, Image.

*Contra la historia apocalíptica, hay un sentido de la historia
que se confunde con lo posible, la multiplicidad de lo posible,
la abundancia de los posibles en cada momento
Gilles Deleuze*

Las páginas siguientes trazan una interpretación singular de una cuestión que está lejos de ser nueva: la guerra. Se trata de un fenómeno tan presente en nuestra historia que, en los albores de la modernidad, Hobbes no dudó en compararlo con el comportamiento de nuestro propio *medio* ambiente: “La noción de *tiempo* debe ser tenida en cuenta respecto a la naturaleza de

la guerra, como respecto a la naturaleza del clima"¹, anotaba en su *Leviatán*. Según él, la invención del Estado significa el abandono de un "estado de guerra" primitivo de la especie humana pero no implica en modo alguno que ese Estado sea una superación de la guerra misma, puesto que el poder soberano instituye la paz pero también tiene el derecho de hacer la guerra cuando resulte conveniente. Ahora bien, ¿qué ocurriría si la guerra ya no fuese simplemente aquello de lo que nos defendemos o un derecho soberano posible de ejercer, sino que hubiese devenido finalmente material de una administración posible, de una gestión productiva de su violencia extrema? Siguiendo la analogía del clima en Hobbes, así como hoy la ciencia experimenta con nuevas tecnologías que intentan controlar los fenómenos atmosféricos ¿podría ser que la guerra se haya convertido en objeto de una regulación semejante?

Esas inquietudes guían el presente ensayo, que esboza una genealogía de los cambios fundamentales que ha sufrido la configuración de la guerra desde que en ella convergieran, durante la primera gran guerra del siglo xx, tanto las tecnologías de destrucción masiva como las tecnologías de la imagen. Desde entonces se empieza lentamente a configurar un nuevo paradigma de la guerra que se consuma luego de la derrota estadounidense en Vietnam y que sería desplazado por un nuevo momento después de los atentados a las Torres Gemelas. Ambos están atravesados por lo que proponemos llamar aquí, en la estela de Michel Foucault, "gubernamentalidad mediática". Esta última es la que permite una administración de aquello que es propio de la guerra²: la violencia y el horror de sus imágenes.

I. IMÁGENES DE GUERRA

En su curso en el *Collège de France* de 1975-1976, Michel Foucault propuso dar un vuelco a los análisis tradicionales del poder político en la sociedad civil, reconociendo en la guerra el trasfondo de su ejercicio, es decir, entendiendo a la guerra como el principio histórico del funcionamiento del poder, mediante la inversión del clásico aforismo de Clausewitz: "La

1 Y continúa Hobbes señalando: "En efecto, así como la naturaleza del mal tiempo no radica en uno o dos chubascos, sino en la propensión a llover durante varios días, así la naturaleza de la guerra consiste no ya en la lucha actual, sino en la disposición manifiesta a ella durante todo el tiempo en que no hay seguridad de lo contrario. Todo el tiempo restante es de paz." Thomas Hobbes, *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006), 102.

2 Por supuesto, a lo largo del texto, cuando hablamos de la "guerra", la entendemos principalmente como aquellos conflictos armados entre diferentes Estados o surgidos a partir de dispositivos gubernamentales. No abordamos, al menos aquí, otros posibles sentidos de la guerra, tales como el de la apelación a una "ética de la guerra civil". Sobre esto último véase Tiqqun, *Introducción a la guerra civil* (Tenerife: Melusina, 2012).

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

política es la continuación de la guerra por otros medios”³. Tal inversión no pretende simplemente señalar que el poder político detiene o comienza la guerra ni tampoco que su vocación es la de impedirla para hacer prevalecer la paz en la sociedad. Al contrario, se trata más bien de apuntar al hecho de que las relaciones de poder se vinculan íntimamente con la relación de fuerza que, en un momento histórico determinado, está en juego en y por la guerra. El poder político se constituye, entonces, en el desplazamiento de esa relación de fuerza bélica hacia el funcionamiento de diversas prácticas institucionales, económicas y sociales, de tal manera que, en último término, todas las batallas y los enfrentamientos en un sistema político particular pueden comprenderse en su condición de reinscripciones de la guerra en el cuerpo social. A esa dinámica de las sociedades contemporáneas, Foucault la denominó también “guerra silenciosa”⁴. Tal expresión nos sugiere que si bien, por un lado, los enfrentamientos políticos tienen una matriz bélica, esta es, no obstante, disimulada, de una u otra forma, en su característica fundamental: su violencia intrínseca⁵. Pero, por otro lado, en esta indicación se expresa algo que la genealogía de Foucault no nos muestra, el hecho de que no solo la continuación de la guerra se despliega de forma silenciosa en la política sino que además la propia guerra se ha vuelto reservada respecto a la violencia extrema y letal que desata sobre los cuerpos, desplegando una verdadera economía de sus imágenes.

Lo anterior implica no solo una importante transformación en los procedimientos contemporáneos de la guerra, sino que también en nuestra propia relación con el horror que se fragua en sus campos de batalla, ya que

3 Michel Foucault, *Defender la sociedad* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000), 28-30. Por otra parte, la frase original de Clausewitz se encuentra en su tratado *De la guerra*, publicado póstumamente en 1832, donde el militar y filósofo prusiano sostiene que “la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios”. Véase Carl von Clausewitz, *De la guerra* (Buenos Aires: Mar Océano, 1960), 28.

4 Foucault, *Defender*, 29.

5 En 1971, algunos años antes de realizar el curso del Collège de France citado más arriba, Foucault sostuvo un debate con Noam Chomsky en la Universidad de Ámsterdam. Ahí el filósofo francés reconoce la necesidad de una crítica a esta disimulación de la violencia política a la que nos referimos, en los siguientes términos: “Me parece que la verdadera tarea política en una sociedad como la nuestra es realizar una crítica del funcionamiento de las instituciones que parecen neutrales e independientes; hacer una crítica y atacarlas de modo tal de desenmascarar la violencia política que se ha ejercido a través de éstas de manera oculta, para que podamos combatir las”. Noam Chomsky y Michel Foucault, *La naturaleza humana: justicia versus poder. Un debate* (Buenos Aires: Katz, 2007), 59.

por más que asumamos su violencia sin límites como un dato antropológico⁶, esta no se ha manifestado siempre de la misma manera. A propósito de esto, y a modo de testigo de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, Walter Benjamin señalaba en 1933:

Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes había cambiado, y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras estaba el mínimo, quebradizo cuerpo humano⁷.

Precisamente, ese cuerpo frágil y quebradizo es el que se muestra de forma recurrente en muchos de los primeros registros fotográficos de las guerras de la segunda mitad del siglo XIX y, sobre todo, en las instantáneas y las imágenes cinematográficas de la primera guerra mundial, que no fue solo uno de los mayores conflictos bélicos de la historia, sino que además fue el primero donde se utilizaron ampliamente los avances tecnológicos desarrollados por la creciente industria armamentística, inaugurando de este modo un vínculo particular entre las tecnologías de la imagen y de la guerra. Aludiendo a ello, también a comienzos de los años treinta, Ernst Jünger abrió su texto “Guerra y Fotografía” poniendo de relieve que así como la Primera Guerra Mundial “se distinguió por el alto grado de precisión técnica que requería su conducción, tuvo que dejar un legado documental más numeroso y diverso que el de aquellos combates que tuvieron lugar en época anteriores”, y agrega luego: “Junto a las bocas de los fusiles y cañones estaban las lentes ópticas dirigidas día tras día al campo de batalla”⁸. Para Jünger, en aquella gran guerra, se expresaba un mismo “intelecto” en los avances de las armas de aniquilamiento masivo y en los esfuerzos por registrar en imágenes hasta los más mínimos detalles. Tal cualidad, no cabe duda, es distintiva del primer gran conflicto bélico del siglo XX, e iría poco a poco transformando radicalmente la fisonomía y los implementos de la guerra misma, pues la administración de estas imágenes, que intentaba en un primer momento testificar tanto la capacidad tecnológica destructiva

6 Esta es, por cierto, la conocida tesis del antropólogo francés Pierre Clastres, que defiende la posibilidad de apreciar un carácter bélico inmanente a las primeras sociedades humanas que determinaba su lógica centrífuga, esto es, una dispersión que actuaba a modo de resistencia contra las fuerzas centrípetas de unificación estatales o imperiales. De tal manera, contra las tesis economicistas de la antropología, Clastres planteaba que “la guerra es el motor de la máquina social; el ser social primitivo reposa en toda su extensión sobre la guerra; la sociedad primitiva no puede subsistir sin la guerra”. Pierre Clastres, *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004), 77.

7 Walter Benjamin, “Experiencia y pobreza”, en *Discursos interrumpidos I* (Madrid: Taurus, 1989), 168.

8 Ernst Jünger, “Guerra y Fotografía”, en Ernst Jünger: guerra, técnica y fotografía, Ernst Jünger y Nicolás Sánchez Durá (Valencia: Universitat de València, 2000), 123.

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

como el horror y la violencia de los enfrentamientos, se convirtió luego en una estrategia fundamental para el propio desarrollo de los combates, más allá de su posible uso panfletario e ideológico. Dicha transformación se manifiesta explícitamente en la conformación de un nuevo paradigma mediático-bélico durante el desarrollo de la Guerra de Vietnam.

La campaña militar de Estados Unidos en Indochina, además de sus consecuencias geopolíticas, sociales y económicas, significó también la primera vez que el periodismo y los medios de comunicación se insertaron en el propio seno del desarrollo de la guerra, transmitiendo su cruda violencia *in situ* y de forma masiva. Aquí, gracias a las innovaciones tecnológicas en el registro, la producción y la difusión de imágenes, los corresponsales lograron ya no solo dirigir sus lentes hacia el campo de batalla, tal como señalaba Jünger, sino que además compartieron las incursiones y las desventuras en las mismas zonas de enfrentamiento, junto con el ejército norteamericano. Se intentaba dar cuenta así, de la manera más inmediata posible, de los avances y las incidencias de la campaña militar, a tal punto que, de acuerdo con Armand Mattelart, Vietnam se convertiría en “[el] primer conflicto transmitido en directo –en el que las audiencias ‘participan desde su sala de estar’”⁹. La Guerra de Vietnam marca un hito precisamente porque pone de manifiesto el hecho de que los medios de comunicación que cubren la guerra no forman ya solo una parte accesoría. Las imágenes y la información respecto de los soldados estadounidenses muertos en combate, los registros de los cuerpos masacrados de mujeres y niños, en suma, la transmisión sin mediaciones de la violencia de la guerra, influyeron decisivamente, y paradójicamente, en el cambio de la opinión pública respecto al sentido del conflicto mismo durante su desarrollo y, a la larga, en la derrota de las tropas norteamericanas¹⁰. De hecho, en ese momento, surgen los primeros estudios respecto a la cantidad de muertos y violencia que podían soportar las audiencias y sus efectos en el sentir de la ciudadanía, llegando a la conclusión de que las imágenes de la guerra en los medios de comunicación no podían contradecir los partes oficiales del gobierno. Desde entonces, la cobertura informativa sobre la guerra pasó a convertirse en otro *frente de batalla* de la misma, el llamado “frente mediático”. A través de las imágenes de la guerra se entraba así en un nuevo paradigma bélico: el paso del registro y la difusión mediática de las imágenes de guerra a una gubernamentalidad mediática que coordina una guerra de imágenes. Desde entonces, parafraseando la idea foucaultiana, ya no solo la política actualizaba una “guerra silenciosa” sino que además, una política de guerra fue silenciar el horror y la violencia de los conflictos

9 Armand Mattelart, *Historia de la sociedad de la información* (Barcelona: Paidós, 2002), 77.

10 Para más detalles sobre esto, véase Chester Pach, “The War on Television: TV News, the Johnson Administration, and Vietnam”, en *A Companion to Vietnam War*, eds. Marilyn Young and Robert Buzzanco (Malden: Blackwell Pub., 2002), 450-469.

armados.

II. GUBERNAMENTALIDAD MEDIÁTICA

A la luz de lo señalado hasta aquí, la Guerra de Vietnam hace visible la emergencia de un vínculo indisociable que se juega entre los cuerpos individuales, la población y la opinión pública dentro de las nuevas estrategias bélicas adoptadas por parte del poder político. Ahora bien, para comprender las implicaciones de esta nueva forma tomada por la guerra en el empalme de sus tecnologías de destrucción y las tecnologías de producción de imágenes, es necesario replantearse la propia naturaleza del fenómeno mediático. En cierta medida, esta vez en su curso en el *Collège de France 1977-1978*, Foucault propuso fragmentariamente algunos elementos para entender esa singular relación entre el cuerpo del viviente, la población, los medios de comunicación y el poder político, redefinido aquí como “gubernamentalidad”¹¹. Para ello, Foucault enlaza todas estas nociones a través de lo que él particularmente denomina como *público*:

A partir del momento en que el género humano aparece como especie en el campo de determinación de todas las especies vivientes, puede decirse que el hombre se presentará en su inserción biológica primordial. [...] La población, en consecuencia, es todo lo que va a extenderse desde el arraigo biológico expresado en la especie hasta la superficie de agarre presentada por el público. De la especie al público tenemos todo un campo de nuevas realidades, nuevas en el sentido de que, para los mecanismos de poder, son los elementos pertinentes, el espacio pertinente dentro del cual y con respecto al cual se debe actuar¹².

La forma de gobierno que enlaza todos estos elementos mencionados se aleja del antiguo poder soberano, sin limitarse al despliegue de las

11 Señala allí Foucault: “Con esta palabra, ‘gubernamentalidad’, aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por ‘gubernamentalidad’ entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar ‘gobierno’ sobre todos los demás: soberanía, disciplina [...]. Por último, creo que habría que entender la ‘gubernamentalidad’ como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se ‘gubernamentalizó’ poco a poco”. Michel Foucault, *Seguridad, territorio y población* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006), 136.

12 *Ibid.*, 102.

tecnologías disciplinarias sobre cuerpos individuales (*anatomopolítica*), pues más bien consiste en la regulación del desenvolvimiento colectivo de los cuerpos y su circulación a través de una *biopolítica* activa y de instrumentos específicos (tasas de natalidad, mortalidad, control de inmigración, etc.) aplicados a la población. Esta configuración particular de las relaciones de poder es lo que Foucault llama “gubernamentalidad”, la administración del conjunto de prácticas, procedimientos y saberes específicos que tienen como objetivo a la población. Sin embargo, la población posee otro extremo diferente al de su condición biológica, su dimensión en tanto que *público*, manifestada en el conjunto multiforme de sus opiniones; sus prejuicios, inclinaciones, exigencias y susceptibilidades.

Si bien Foucault reconoce, en este otro extremo de la población, una relación con el término ilustrado que emerge en el siglo XVIII, la noción de *público* que él esboza parece no solo ser mucho más amplia, sino también modularse tanto con el surgimiento de la economía política como con el de la publicidad durante ese mismo siglo. Resultado de esas convergencias es entonces esta dimensión fundamental del colectivo social de los cuerpos que se vuelve *sujeto-objeto*, a la vez, de un saber: “Sujeto de un saber que es ‘opinión’ y objeto de un saber que es de muy otro tipo, pues tiene la opinión por objeto y para ese saber de Estado se trata de modificarla o servirse de ella”¹³. Para nosotros, lo importante de esta perspectiva es que ni la gubernamentalidad de la *población* ni su administración de la opinión del *público* se despliegan bajo la forma de la represión, sino más bien de la producción de opinión o, dicho de otro modo, de un gobierno que cuenta con el apoyo de los gobernados y emprende una gestión de sus deseos e iniciativas¹⁴. Pero la noción que articula ambos extremos de la especie humana, permitiendo entonces el acople entre su arraigo biológico y su superficie de agarre manifestada en el público, es la noción de *medio*. Foucault se preocupa ligeramente por esta noción, aunque no duda en reconocer su importancia puesto que “uno de los elementos fundamentales de la introducción de los mecanismos de seguridad”, de los dispositivos constitutivos para el desarrollo de la gubernamentalidad, “es un proyecto, una técnica política que se dirige al medio”¹⁵. Sin embargo, la noción de

13 Ibid., 323.

14 Como bien ha indicado Santiago Castro-Gómez en su revisión de la noción foucaultiana de público, no es “por medio del adiestramiento disciplinario y tampoco mediante la obligatoriedad de asumir un sistema de creencias y opiniones ajenas como se gobierna la población. Lo que hará el liberalismo es conducir la conducta de los otros en lugar de regimentarla soberanamente. No será, entonces, una tecnología de dominación sino una tecnología de gobierno que, como tal, partirá de la capacidad de acción e iniciativa de los gobernados. En lugar de reprimir sus deseos, los ‘dejará pasar’; en lugar de codificar sus movimientos, los gestionará; e lugar de controlar sus opiniones, las regulará”. Santiago Castro-Gómez, *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo* en Michel Foucault (Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Pontificia Universidad Javeriana, 2010), 86.

15 Foucault, *Seguridad*, 44.

medio es tomada por Foucault, apoyándose en los trabajos de Canguilhem, desde su elaboración en las ciencias naturales, para entenderlo así en su condición del “soporte y el elemento de circulación de una acción” entre un cuerpo y otro, en otras palabras: como un espacio que puede ser alterado e intervenido por una “cantidad de efectos masivos que afectan a quienes residen en él”¹⁶. Desde este arraigo biológico de la especie en su “medio ambiente”, Foucault alude a algunas de las técnicas políticas y saberes que se orientan a la modificación del medio, tales como el urbanismo o los dispositivos de seguridad penales y médicos. Lo que el filósofo francés no logra abordar cuando pone en juego estos diferentes elementos analíticos es, justamente, el papel del *medio* en el extremo contrario al de la población considerada en tanto que especie, es decir, no se hace cargo de las intervenciones del *medio* orientadas a la modificación de la opinión del público. A la gestión y regulación de esta última dimensión del medio, nosotros proponemos llamarla “gubernamentalidad mediática”.

Acogiendo esta noción, buscamos precisamente alejarnos de lo que planteaban muchas teorías tradicionales de los medios de comunicación o de la cultura de masas, ya que no apuntamos a una comprensión del fenómeno mediático en términos de alienación o adoctrinamiento, es decir, no pensamos que la gestión y la administración mediática funcionen como una “industria cultural” para el engaño de las masas (como piensan Adorno y Horkheimer)¹⁷ o bajo la rúbrica de un “aparato ideológico del Estado” (Althusser)¹⁸. Más bien, quisiéramos afirmar que, en la gubernamentalidad mediática contemporánea, los medios de comunicación e información con sus diversas tecnologías son un espacio activamente producido y encauzado por fuerzas heterogéneas que buscan definir la agenda pública, es decir, conducir los intereses y la opinión del público de acuerdo a su participación activa en una política determinada. Desde ahí, retomando

16 *Ibid.*, 41.

17 Adorno y Horkheimer caracterizan a la industria cultural, de la cual forman parte los medios de comunicación, de esta forma: “La insolencia de la exclamación retórica: ‘¡Ay que ver, lo que la gente quiere!’, consiste en que se remite, como a sujetos pensantes, a las mismas personas a las que la industria cultural tiene como tarea alienarlas de la subjetividad. Incluso allí donde el público da muestras alguna vez de rebelarse contra la industria cultural, se trata sólo de la pasividad, hecha coherente, a la que ella lo ha habituado”. Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos* (Madrid: Trotta, 1998), 189.

18 Para Althusser, por cierto, los medios de comunicación son aparatos del Estado no literalmente, puesto que obviamente, se trata en su mayoría de sectores privados, más bien, su condición estatal se deriva a partir de su funcionamiento de modo predominantemente ideológico que, a pesar de su diversidad y contradicciones, esta unificado “*bajo la ideología dominante* que es la de ‘la clase dominante’”. Louis Althusser, “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en *La filosofía como arma de la revolución* (México D.F.: Siglo XXI editores, 2005), 118. Nosotros preferimos utilizar la noción de ideología con más precauciones y sustraerla, al menos en este trabajo, del análisis general de la *gubernamentalidad mediática*, centrando la atención en las transformaciones de las tácticas y estrategias de la gestión de las imágenes del horror y la violencia bélica.

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

nuestro argumento inicial, podemos comprender la importancia de la conformación de un verdadero y crucial “frente mediático” en la guerra, y que, según señalábamos, se cristaliza en la segunda mitad del siglo xx con un nuevo paradigma del despliegue de los conflicto bélicos.

III. GUERRA DE IMÁGENES

La convergencia entre los medios de comunicación y la guerra va sin duda, por un lado, de la mano con los avances tecnológicos que se fueron materializando a lo largo del siglo xx, pero también, por otro lado, con la incorporación de los propios aparatos de comunicación e información en las tecnologías de la guerra. Nos referimos, por ejemplo, a las tecnologías de visión a larga distancia, los radares, los satélites, internet, en suma, a todas aquellas *war machines* que, tal como señala Paul Virilio, transforman los campos perceptivos a partir de una sinergia entre los sentidos y los medios de transmisión de la información¹⁹. Virilio señala que de esta manera se constituye un modo de administrar los aspectos de la vida moderna, en que las formas y los símbolos son percibidos y manipulados instantáneamente en las pantallas, lo que constituiría “según nuestros planteamientos– un recurso y una estrategia fundamental para la gubernamentalidad mediática contemporánea a partir de la gestión de las tecnologías de la imagen: la inclusión de las tecnologías de guerra a los modos de vida cotidianos del público, su *familiarización* en el entorno de los colectivos humanos. Sobre esta nueva *familiaridad* que, directa o indirectamente, va adquiriendo la guerra en la cotidianeidad contemporánea y sus consecuencias volveremos a hablar más adelante. Por ahora, recalcaremos que, en último término, esto nos remite al control del cuerpo a partir de una logística que permite anticipar las trayectorias de los flujos y sus velocidades, tanto de las informaciones como de las poblaciones y las conductas de los vivientes. Esta logística de la velocidad posibilitada por la tecnología es lo que Virilio llama también *dromología*²⁰.

De acuerdo con lo anterior, la Guerra del Golfo sería el ejemplo más notable de la consumación del nuevo paradigma bélico que opera a lo largo de la segunda mitad del siglo xx. Este último es desplegado fundamentalmente a través de una “gubernamentalidad de las imágenes” que emprende la regulación de la opinión del público norteamericano y, al

19 Paul Virilio, *War and Cinema: The logistics of perception* (London: Verso, 1989).

20 Paul Virilio, *Speed and Politics: An essay on Dromology* (Los Angeles, CA: Semiotext(e), 2006).

mismo tiempo, coordina la intervención de las *war machines* mencionadas por Virilio, es decir, la tecnología de punta que posibilita ataques veloces y desde larga distancia. Idealmente aséptica, profiláctica, la Guerra del Golfo se planteó como una *guerra quirúrgica* y de “daños colaterales” (como en cierto sentido lo fue también la intervención militar de la OTAN en los bombardeos de Kosovo²¹). Pero esto no significa, tal como sugirió Baudrillard, que para nosotros “la Guerra del Golfo no haya tenido lugar”, que haya desaparecido en medio de su representación televisiva en tiempo real²². Más bien, de acuerdo con la perspectiva que hemos adoptado, la Guerra del Golfo se llevó a cabo, y más aún: de modo muy efectivo. Es decir, siguiendo al pie de la letra el nuevo paradigma bélico, la *Operación Tormenta del Desierto* fue un éxito en tanto sus imágenes en los medios de comunicación e información sufrieron un vaciamiento de la violencia y del horror provocado. Por lo tanto, su transmisión y difusión al público se hizo mediante:

[una] imagen que ha sido drenada de todas sus contradicciones [...] Imágenes fantasmagóricas que reprimen el trauma, las amputaciones, los terrores, los bombardeos, la destrucción, las muertes, los desplazamientos, las violaciones, los horrores, los racismos, el dolor, las pérdidas, las atrocidades²³.

El grueso de las imágenes de la guerra del Golfo resultaron ser panorámicas de los ataques, espectáculos de luces y miras holográficas para armas de última tecnología. Y fue mediante ese alejamiento de los aspectos *ominosos* de la guerra que ella pudo ser asimilada de manera depurada, familiarizada paradójicamente como representación lejana y a la vez presente en la cotidianidad de Norteamérica y, en cierto sentido, de Occidente.

21 Los bombardeos de la OTAN, con una participación principal de los E.E.U.U, duraron desde el 24 de marzo hasta el 10 de junio de 1999. Se usaron 1.000 aeronaves operando desde bases situadas en Italia y portaaviones en el Mar Adriático. Los misiles más usados fueron los *tomahawks* (misil de crucero), los cuales eran lanzados desde aeronaves, barcos y submarinos. Durante las diez semanas que duró el conflicto bélico, los aviones de la OTAN realizaron 38.000 misiones de combate.

22 El aforismo de Clausewitz también es alterado aquí por Baudrillard, pues según él, la campaña militar del Golfo demostraría que la guerra ya no es “la prolongación de la política por otros medios” sino más bien “la carencia de política prolongada por otros medios”, en el sentido de que, la guerra ya “no procede de una voluntad política de dominación, de un impulso vital, de una violencia antagonica, sino de la voluntad de imponer un consenso general a través de la disuasión”. Jean Baudrillard, *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar* (Barcelona: Anagrama, 1991), 97. Resulta a lo menos curioso que, de algún modo, advirtiendo la preponderancia del “frente mediático” en este acontecimiento, Baudrillard haya abastecido así, sin mayores cuestionamientos, argumentos para la profilaxis del nuevo paradigma bélico.

23 Patricia Zimmermann, *States of Emergency: Documentaries, Wars, Democracies* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2000), 54.

IV. GUERRA CONTRA EL TERROR DE LA GUERRA

Si después de Vietnam se inicia un nuevo paradigma bélico, que predomina durante el resto del siglo xx, los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York, a su vez, transforman las variantes y las formas precedentes de la guerra, llevando la conjunción de las tecnologías de destrucción y las tecnologías de la imagen a un nuevo momento, que es tal vez en el que hoy nos encontramos. No obstante, según lo visto hasta acá, para comprender hasta qué punto nuestra breve genealogía de la gubernamentalización mediática y la evolución tecnológica de la guerra podría relacionarse con los atentados del 11 de septiembre del 2001, debemos detenernos en varias aristas, sobre todo si buscamos resaltar la relevancia actual de este nexo.

Para empezar, se hace necesario constatar si es posible comparar la guerra, tal cual la habíamos conocido hasta hace unas décadas, según sus diferentes modalidades, con el ataque al *World Trade Center*. Algunos medios de comunicación no dudaron en hacer esta relación casi inmediatamente en sus titulares, entendiendo los atentados como *el inicio* de una guerra contra el terrorismo aun sin tener total claridad de cuál era el rostro del enemigo. Efectivamente, lo cierto es que los atentados del 2001 desencadenaron una guerra, pero reconocerla implica describir una de sus nuevas modalidades, que ha sido catalogada incluso como un nuevo estadio que abre el siglo xxi y en el que “la humanidad se encuentra en guerra global permanente”²⁴. Ahora bien, más allá de las etiquetas, lo cierto es que con los ataques a las Torres Gemelas se consuma una desterritorialización de la guerra, al menos en dos sentidos importantes. Por un lado, en tanto fue la primera vez, al menos desde el siglo xix, que el territorio continental de los Estados Unidos sufría un ataque²⁵, que además causa miles de víctimas civiles, acabando de este modo con la inmunidad territorial norteamericana bajo la cual se habían desarrollado los grandes conflictos bélicos del siglo xx. Por otro lado, se abre desde entonces una *desterritorialización de la guerra en cuanto tal*, es decir, comienza un conflicto bélico que no se restringe ya a ningún Estado o territorio en particular. Noam Chomsky ha aludido a este hecho de algún modo cuando señaló que las intervenciones militares estadounidenses siempre han necesitado de una serie de conceptos para ser justificadas, de modo que si por mucho tiempo se utilizó la amenaza de los “países del bloque comunista”, en los ochenta Reagan utilizó la de “Estados terroristas” y más tarde Clinton planteaba la necesidad de defenderse de

24 Daniel Pereyra, *Mercenarios: guerreros del imperio. Los ejércitos privados y el negocio de la guerra* (Madrid: El Viejo Topo, 2007), 181-195.

25 En la guerra anglo-estadounidense iniciada en 1812, los británicos invadieron dichos territorios. Diferente es el caso del ataque a la base militar en Pearl Harbor en 1941, pues esta se encontraba en los territorios anexados de Hawái (es decir, en sus colonias) y ocurrió casi veinte años antes de que los Estados Unidos los declararan ese conjunto de islas como un estado más de la nación.

los “Estados Canallas”²⁶. Ahora bien, los atentados del 9/11 inauguran una guerra declarada contra el terrorismo internacional de cualquier tipo, y con ello una guerra sin fronteras que es también una “guerra preventiva”²⁷.

A su vez, el atentado contra las Torres Gemelas es mucho más que lo acabamos de señalar, un *acontecimiento* que no se deja circunscribir pasivamente a las diversas interpretaciones que podemos hacer sobre él y que, a pesar de las múltiples imágenes que se registraron e intentaron encuadrarlo, no se deja siquiera nombrar, ni definir con una fecha. En tanto que *acontecimiento*, como bien señaló Jacques Derrida, es aquello que nos sorprende y a la vez se resiste a nuestra comprensión, “aquello que se abre y se cierra a la experiencia”, desatando cierta *inapropiabilidad* de los sucesos²⁸. Tal vez por ello, algunos medios de comunicación no tardaron en referirse a los atentados del 9/11 como algo “impensable”. Sin embargo, ¿no se esforzaba esta denominación en disimular una contradicción evidente? La imagen de lo “impensable”, de aquello que no se puede concebir *a priori*, sigue guardando cierta ambigüedad, pues lo cierto es que el *terror* de los atentados estaba ya latente en muchas representaciones del cine norteamericano. Así, por ejemplo, la Torres Gemelas habían sido destruidas en escenas de películas como *Meteor* (1979) y *Armageddon* (1998), o bien, alimentando las teorías de la conspiración que rondan en torno a los atentados del 9/11, *The Long Kiss Goodnight* (1996) muestra un plan de operación de bandera falsa en el cual se haría estallar una bomba en Nueva York y se inculparía del atentado a grupos islámicos terroristas. De esa manera, como otra variante de la gubernamentalidad mediática la catástrofe ficcionalizada en diversas historias cinematográficas cumplió, de un modo u otro, el papel de una particular familiarización espectral con la amenaza del *terror*. Entonces, lo paradójico del acontecimiento del 9/11 es que su imagen no era nueva, pues las Torres Gemelas ya habían caído más de una vez y, sin embargo, su caída resultó inconmensurable. Tal como lo plantea Slavoj Žizek: “Lo impensable que sucede era un objeto de fantasía,

26 Noam Chomsky, *Failed States. The Abuse of Power and the Assault of Democracy* (New York: Metropolitan Books/Henry Holt, 2006), 106-110.

27 El hecho de que la “guerra preventiva” haya sido utilizada como doctrina de gobierno después del 9/11 por el presidente George W. Bush se ajusta perfectamente a los planteamientos de Giorgio Agamben respecto a una tendencia creciente que presenta la declaración del estado de excepción como una suerte de paradigma de gobierno dominante en la política contemporánea: “Esta dislocación de una medida provisoria y excepcional que se vuelve técnica de gobierno amenaza con transformar radicalmente –y de hecho ya ha transformado de modo sensible– la estructura y el sentido de la distinción tradicional de las formas de constitución. El estado de excepción se presenta más bien desde esta perspectiva como un umbral de indeterminación entre democracia y absolutismo”. Giorgio Agamben, *Estado de Excepción. Homo Sacer II*, 1 (Valencia: Pre-Textos, 2003), 25s.

28 Jacques Derrida, “Autoinmunidad: suicidios simbólicos y reales”, en *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*, Giovanna Borradori (Madrid: Taurus, 2003).

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

de forma que, en cierto sentido, Estados Unidos obtuvo aquello con lo que había estado fantaseando, y ésta es la mayor sorpresa”²⁹.

De acuerdo con Zizek, lo que este antecedente virtual de los atentados del 9/11 significa no es que la ficción logre tener efectos reales sino que lo Real, en este caso la amenaza violenta y desestabilizadora de la hegemonía mundial estadounidense y de su gubernamentalidad, para ser soportado debe ser ficcionalizado. Esa amenaza Real no podía sino ser concebida como pesadilla, como parte de la ficción en la realidad. A su vez, Zizek señala que tras el hundimiento del *World Trade Center*, aunque las informaciones no dejaban de hablar sobre la cantidad de víctimas, resultó curioso que hayamos visto pocas imágenes del horror: ni cuerpos desmembrados, ni sangre, ni personas moribundas. De esa forma, quedaba de manifiesto un claro contraste con la cobertura que se hace en Estados Unidos de las catástrofes en el Tercer Mundo donde un objetivo principal es captar las imágenes más fuertes de las consecuencias corporales de la hambruna, las matanzas, o los cadáveres y heridos de los desastres naturales. De modo que: “¿No es ésta una prueba de cómo, incluso en los momentos trágicos, se mantiene la distancia que nos separa a Nosotros de Ellos, de su realidad?: el horror ocurre allí, no aquí”³⁰.

En este último punto donde lo que hemos llamado “gubernamentalidad mediática” revela otro de sus aspectos fundamentales, justamente al verse amenazada en sus regímenes de familiaridad sensorial por la nueva forma desterritorializada de la guerra. Esto porque, con el 9/11, la administración mediática de la opinión del *público* complementada con una modalidad de guerra donde predominaban las tecnologías de combate a distancia y los bombardeos quirúrgicos, donde las bajas y las víctimas civiles parecían estar fuera de marco, se ve entonces estremecida por primera vez. La “guerra silenciosa” estalla en un grito que irrumpe la cotidianeidad del espectador que hasta entonces había contemplado la guerra en la seguridad de su hogar. Por lo tanto, el *público* de la guerra, en tanto que audiencia de las campañas militares en el exterior, fue por primera vez, y al mismo tiempo, la *población* que sufrió el horror de su espectáculo televisivo, la violencia desatada contra ellos y su fragilidad en tanto que especie humana. Esta es quizás una de las características más singulares del 9/11, no solo fue un hecho televisado en tiempo real sino que fue la emergencia de lo Real más allá de los límites de la pantalla, con toda su violencia extrema, es decir, no solo se trató de la mediación del acontecimiento, sino del acontecimiento como mediación. Así podemos comprender, por ejemplo, como:

Uno de los tantos tele-testimonios sobre el 11 del 2001,
[...] el del grupo de oficinistas de la torre dos que,

29 Slavoj Zizek, *Bienvenido al desierto de lo real* (Madrid: Akal, 2005), 18.

30 *Ibid.*, 17.

mirando por la televisión la explosión de la primera torre, vio venir en la pantalla el segundo avión que chocó con la torre en la que miraban venir el segundo avión, el choque y la explosión que los hacía explotar³¹.

A la luz de esta constelación de elementos –y esta es nuestra tesis principal– pensamos que los atentados del 9/11 provocan una transformación en el paradigma de la “guerra silenciosa” en tanto se traducen en el comienzo de *una guerra no contra el terrorismo sino en una guerra contra el terror a la violencia de la propia guerra, la cual había sido administrada de manera eficiente por la gubernamentalidad mediática norteamericana por casi medio siglo.*

V. VIOLENCIA DE LO OMINOSO

Para comprender mejor esta transformación desplegada en el acontecimiento del 9/11 podemos recurrir a una vieja noción psicoanalítica: lo ominoso. Freud planteaba que “lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo”³². Si bien la voz alemana *Unheimlich* (ominoso) se presenta en primera instancia como antónimo del término *heimlich* (familiar, hogareño), no obstante, esta última se relaciona también con la palabra *heimisch* (íntimo, secreto). Freud señala entonces que lo ominoso no es simplemente lo que nos sorprende y nos desagradan sino más bien aquello que procede de lo familiar que ha sido reprimido (una suerte de *heimlich/heimisch*); lo reprimido en nosotros que retorna a causa de impresiones o reanimaciones exteriores. A partir de una primera lectura, en el psicoanálisis freudiano, la familiaridad de esa represión nos remite, sin duda, a la matriz edípica de su teoría. Sin embargo, si dejamos de lado este último elemento (el triángulo edípico), creemos que la operación descrita por Freud para caracterizar lo ominoso resulta fundamental a la hora de comprender el nuevo conflicto que se abre con el acontecimiento del 9/11, puesto que ¿no es sino la guerra una variante singular de aquello que nos es familiar y que, sin embargo, su irrupción violenta nos resulta terrorífica?

La gubernamentalidad mediática que comienza a operar desde la Guerra de Vietnam, como paradigma de la convergencia entre la problematización sobre la administración de la opinión y el desarrollo de un “frente mediático”, puede comprenderse también como un intento de gestión que familiariza al público con la guerra misma. Dicho de otro modo,

31 Willy Thayer, *El fragmento repetido*. Escritos en estado de excepción (Santiago de Chile: Metales Pesados, 2006), 34s.

32 Sigmund Freud, “Lo ominoso”, en *Obras completas de Sigmund Freud*. Vol. XVII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 220.

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

conocidos los horrores de las guerras mundiales y del Holocausto, sería imposible decir que la guerra no nos es familiar en su dimensión traumática, en tanto que barbarie desatada y, sin embargo, justamente por eso, después de Vietnam comenzamos a asistir de modo cada vez más frecuente al espectáculo de guerras que son transmitidas reprimiendo aquello que es propio de la guerra: no la eliminación del enemigo abstracto, sino la violencia y la masacre sobre cuerpos como los nuestros. Y no obstante, cuando esa imagen reprimida de la guerra retorna mediada por la gubernamentalidad lo hace, tal como decía Zizek, solo para confirmar que “el horror ocurre allí. No aquí”. De tal manera, cuando son exhibidas, las imágenes del horror de la guerra corresponden a cuerpos que sentimos lejanos, casi indiferentes.

Adoptando esta perspectiva, los atentados del *World Trade Center* resultan ser un *violento retorno de lo ominoso* que se había intentado reprimir por la “guerra silenciosa”, una irrupción de aquello que también la ficcionalización de la amenaza cinematográfica intentaba hacer familiar pero que estallaba ahora sin ninguna inhibición; tan similar a la ficción pero sin embargo insoportable. Al mismo tiempo, la gubernamentalidad mediática, desbaratada por los atentados, se recomponía con una cobertura de los medios de comunicación que no dejaba de repetir compulsivamente el momento del impacto del segundo avión y el derrumbe de las torres. Fueron días y días en que las mismas imágenes se repetían intentando recomponer cierta continuidad, pero en la que los cuerpos se fueron diluyendo de a poco en medio de la gestión de los registros (selección, omisión, montaje, exhibición) que restauraban nuestra familiaridad con el acontecimiento. Complementariamente, de forma casi inmediata, los medios de comunicación intentaban reconstruir también las ficciones de la amenaza: el mismo día de los atentados, CNN exhibió imágenes de ciudadanos palestinos celebrando en las calles y se las relacionó entonces con la caída de las torres³³, aunque más tarde se pondría en duda la veracidad de estas imágenes.

La inquietante paradoja que se deriva de esto es que la gubernamentalidad de las imágenes depende del mismo despliegue tecnológico que aprovecharon los terroristas del 9/11 para hacer más espectaculares sus ataques. Lo que queda de manifiesto, así, es el hecho de que el terrorismo post 9/11 se ha vuelto cada vez más mediático, pues bien lo ha observado Boris Groys, los terroristas ya no se centran tanto, como otrora, en la identidad de las víctimas, sino que:

se preocupan casi exclusivamente en fijar un lugar y una fecha que les garantice la máxima resonancia en los medios [...] Se trata de ocupar los espacios mediáticos [...] Cuando el terrorista muere, está

33 Flora Marín Murillo et. Al., *La construcción del mito a través de la prensa: el caso Bin Laden* (Sevilla: Comunicación Social Ed., 2004), 166.

absolutamente seguro de que esta máquina continuará funcionando. Habrá reportajes y todo el dispositivo hermenéutico de interpretación se pondrá en marcha. En realidad, esta maquinaria mediática tiene un comportamiento aún más fiable que la propia bomba³⁴.

De este modo, el terrorismo busca interrumpir la normalidad mediática justamente desatando un *ominoso* que no es sino el de la violencia bélica. Por otro lado, las amenazas de los grupos terroristas actúan de acuerdo con la desterritorialización de la guerra, llevando su *violencia ominosa* a todas partes y situando el peligro de muerte inminente y el horror del campo de batalla en los lugares públicos más cotidianos: restaurantes, aviones, trenes. Pero, también, en las situaciones más íntimas, como la recepción de una carta (recordemos, por ejemplo, los ataques con ántrax post 9/11). De ese modo, *la guerra* contra el terrorismo que se busca justificar gubernamentalmente no es sino una guerra contra el detonante de lo ominoso de la guerra, aquello que no podemos soportar.

Igualmente, la llamada “guerra contra el terrorismo”, basada principalmente en las intervenciones militares en países no occidentales, no logra inmunizarse de esta violencia ominosa. En efecto, según lo hemos descrito hasta acá, si durante la segunda mitad del siglo xx lo ominoso de la guerra se familiarizó en la opinión del público gracias a los avances tecnológicos y la gubernamentalidad mediática, al contrario, a principios del siglo xxi una expansión sin precedentes de las tecnologías de la imagen ha puesto en jaque dicha gubernamentalidad. Por ello, hemos visto cómo en los “excesos” de las intervenciones militares de la guerra contra el terrorismo lo *ominoso* emerge tanto o más que en los propios actos llamados “terroristas”. Eso es lo que nos mostraron, por ejemplo, las filtraciones de la organización mediática Wikileaks³⁵, principalmente el video de un injustificado ataque aéreo en Bagdad contra un grupo de civiles³⁶, hombres y niños desarmados que circulaban por las calles de la ciudad (entre ellos un periodista de *Reuters*), y que fueron masacrados de forma injustificada, asesinados sin ninguna compasión por soldados estadounidenses. El impacto causado por este video, y otros documentos filtrados sobre las torturas contra los prisioneros y asesinatos de civiles en Irak y Afganistán, hizo que muchos levantaran la voz acusando las prácticas terroristas en las

34 Boris Groys, “Les corps d’Abou Ghraib”, *Les Cahiers de L’Herne*: Jean Baudrillard, no. 84 (2005): 270.

35 Es una organización mediática internacional sin ánimo de lucro que publica a través de su sitio web informes anónimos y documentos filtrados con contenido sensible en materia de interés público, preservando el anonimato de sus fuentes. El lanzamiento del sitio se realizó en diciembre de 2006, su actividad comenzó en julio de 2007 y desde entonces su base de datos ha crecido constantemente hasta acumular 1,2 millones de documentos. Su creador fue Julian Assange. Está gestionado por The Sunshine Press.

36 Publicado el día 5 de abril de 2010 por WikiLeaks. El ataque ocurrió en julio de 2007. Véase www.collateralmurder.com.

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

que incurría el propio ejército norteamericano. Pero, quizás lo más curioso en torno a estos eventos fue que en Estados Unidos políticos de sectores conservadores lanzaran la acusación de terroristas a la propia organización Wikileaks³⁷.

VI. FANTASÍAS DE LA VIOLENCIA EXTREMA

Para nosotros, en definitiva, lo anterior expresa una nueva condición de la “gubernamentalidad de las imágenes” y la guerra post 9/11, en la cual si bien el enemigo declarado es el terrorismo, lo que más se repudia del acto terrorista es hacer patente lo ominoso de cualquier guerra, la masacre de los cuerpos y el horror sistemático de los asesinatos. Contra lo que estamos en guerra, entonces, es más bien contra la propia desinhibición de la guerra, contra el retorno de lo ominoso impactándonos en el cuerpo, amenazando nuestro entorno familiar. Una guerra que se expresa también en todas esas ficciones apocalípticas que se han vuelto tan comunes en la cinematografía y los productos de la industria del entretenimiento durante esta última década o en las diversas y más descabelladas teorías de la conspiración, que no hacen sino *fantasear* con aquello ante lo cual nos veríamos sobrepasados, quebrados instantáneamente. Son las fantasías de una violencia extrema: quedar abandonados en medio de un campo de batalla, bajo el fuego cruzado de la destrucción masiva. En la gubernamentalidad mediática contemporánea, la amenaza de la Tercera Guerra Mundial es tan latente como la propagación de los profetas del apocalipsis.

El último gran hito de este nuevo “clima bélico-ficcional” fue sin duda la reciente muerte de Osama Bin Laden. La captura del responsable de esta nueva ola de terror era lo que todo el público esperaba ver. Y, sin embargo, su asesinato por parte del ejército norteamericano (en una misión silenciosa y sin bajas, por supuesto) es la imagen que la gubernamentalidad no exhibió por ninguno de sus medios. Las razones de Estado esgrimidas para no mostrar a las audiencias los registros de la muerte de Bin Laden apuntan a los riesgos que implicaría para la seguridad de la comunidad internacional; la provocación de más olas de terrorismo. Se trata entonces de una gestión para la contención de lo ominoso.

En contraste con esa versión oficial, quienes critican esta decisión señalan también la ausencia de un proceso judicial y de una condena para Bin Laden (como de algún modo ocurrió con Sadam Hussein), criticando entonces la constante excepcionalidad a la ley mediante la que actúa el gobierno y el ejército norteamericano en el resto del mundo. Ven entonces

³⁷ A propósito de esto, sobresalen las declaraciones del senador norteamericano Peter King, quien tildó a Julian Assange de “terrorista”. Véase <http://www.youtube.com/watch?v=IWTX-KXutG0>. O bien, el ex asesor presidencial canadiense, Tom Flanagan, quien declara abiertamente que Assange debería ser asesinado. Véase <http://www.youtube.com/watch?v=5wLYy7ETO34>.

este hecho lo *ominoso* desatado: un orden mundial del estado de excepción vuelto regla. Con lo cual caemos, sin embargo, en el mismo círculo de administración del terror: nos acercamos al límite de la concepción de una historia apocalíptica. Por último, ciertamente, están los que señalan, y no son pocos, que la muerte de Bin Laden no es más que un gran montaje político-mediático del que incluso los atentados del 9/11 también forman parte. Fantasía generalizada de las teorías de la conspiración tan populares hoy y que, no obstante, asumen la forma más ingenua y pasiva de las descripciones de una gubernamentalidad mediática que, en último término, opera efectivamente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio. *Estado de excepción. Homo Sacer II, I*. Valencia: Pre-Textos, 2003.
- Althusser, Louis. "Ideología y aparatos ideológicos de Estado". En *La filosofía como arma de la revolución*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2005.
- Baudrillard, Jean. *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona: Anagrama, 1991.
- Benjamin, Walter. "Experiencia y Pobreza". En *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1989.
- Castro-Gómez, Santiago. *Historia de la gubernamentalidad: Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Pontificia Universidad Javeriana, 2010.
- Clastres, Pierre. *Arqueología de la violencia: la guerra en sociedades primitivas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Clausewitz, Carl von. *De la guerra*. Buenos Aires: Mar Océano, 1960.
- Chomsky, Noam. *Failed States. The Abuse of power and the Assault of Democracy*. New York: Metropolitan Books/Henry Holt, 2006.
- Chomsky, Noam, y Michel Foucault. *La Naturaleza Humana: justicia versus poder. Un debate*. Buenos Aires: Katz, 2007.
- Derrida, Jacques. "Autoinmunidad: suicidios simbólicos y reales". En *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*. Madrid: Taurus, 2003.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France 1977-1978*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

IMÁGENES DE LA VIOLENCIA Y EL TERROR DE LA GUERRA

- Freud, Sigmund. "Lo Ominoso". En *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Groys, Boris. "Les corps d` Abu Ghraib". *Les Cahiers de L` Herne: Jean Baudrillard*, 84 (2005): 268-274.
- Hobbes, Thomas. *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta, 1998.
- Jünger, Ernst. "Guerra y Fotografía". En *Ernst Jünger: guerra, técnica y fotografía*. Ernst Jünger y Nicolás Sánchez Durá. Valencia: Universitat de Valencia, 2000.
- Marín Murillo, Flora, et. al. *La construcción del mito a través de la prensa el caso de Bin Laden*. Sevilla: Comunicación Social Ed., 2004.
- Mattelart, Armand. *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona: Paidós, 2002.
- Pach, Chester. "The war on televisión. TV news, the Johnson Administration and Vietnam". En *A companion to Vietnam War*, editado por Marilyn Young and Robert Buzzano. Malden: Blackwell Pub, 2002.
- Pereyra, Daniel. *Mercenarios: guerreros del imperio. Los ejércitos privados y el negocio de la Guerra*. Madrid: El Viejo Topo, 2007.
- Thayer, Willy. *El fragmento repetido. Escritos en estado de excepción*. Santiago de Chile: Metales Pesados, 2006.
- Tiqqun. *Introducción a la guerra civil*. Tenerife: Melusina, 2012.
- Virilio, Paul. *War and Cinema. The Logistics of Perception*. London: Verso, 1989.
- Virilio, Paul. *Speed and Politics: An Essay on Dromology*. New York: Semiotext(e), 2006.
- Zimmermann, Patricia. *States of Emergency, Documentaries, War, Democracies*. Minneapolis: University of Minneapolis Press, 2000.
- Zizek, Slavoj. *Bienvenidos al desierto de lo real*. Madrid: Akal, 2005.